UNA CARTA Á LA VÍRGEN,

Ó

CECILIA.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

PARA

INSPIRAR EN LA INFANCIA SENTIMIENTOS RELIGIOSOS Y CARITATIVOS,

ORIGINAL DE

Don Gabriel Fernandez.

MADRID.
IMPRENTA DE FRANCISCO ABIENZO, calle de Atocha, núm. 141.
1863.

Es propiedad del autor, que usará de la ley contra el que lo perjudique en el derecho que tiene sobre esta produccion.

Los ejemplares llevarán una contraseña.

A la apreciable Señorita

Doña Cecilia Olivan y Coello.

Vuestro tierno y hermoso sentimiento demandándome una comedia infantil, me ha sido tan grato, tan del alma, que lo he complacido con demasiada premura.

Sois niña aún, cubierta con el fulgente velo de la inocencia que pende del manto de la Vírgen con impalpables deliciosas flores, y por ello hago á mi protagonista un ángel de candor, y le doy vuestro armonioso nombre «*Cecilia*». ¡Plegue al cielo que sea como vos tan simpática y querida! ¡Plegue al cielo que contribuya á formar el corazon de la infancia, presentando niñas que os imiten en derramar contento y ventura en sus padres cariñosos! ¡Que Dios os bendiga siempre tan pura y tan sensible como lo sois en el dia!

Gabriel Fernandez.

PERSONAGES.

Doña Amelia, madre de

Matilde, niña de 10 años.

María,	de 11	hermanas, y pobres huérfanitas.
Cecilia,	de 6	
Leonor,	de 10.	
Dolores,	de 11.	
Angelita,	de 6.	
Paca,	de 7.	
Isabel,	de 8.	
Federico,	de 11.	
Alejandro,	de 10.	
Francisco.	de 11.	
Miguel,	de 11, monaguillo.	

Coro de niños y niñas.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/unacartalavirgen00fern

ACTO UNICO.

El Teatro representa una estensa pradera con bastantes árboles. En el fondo, un poco á la izquierda del espectador, una rústica ermita con la puerta abierta: Se vé un altar, y sobre él estará la imágen de la Vírgen oculta por un velo: se verán cuatro lámparas y varios candelabros apagados: solo arderá una vela: Al lado de la ermita habrá algunos árboles y frondosos rosales.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, DOLORES, ANGELITA, PACA, ISABEL, FEDERICO, ALEJANDRO, FRANCISCO, MIGUEL, y muchos niños y niñas, todos vestidos de aldeanos. Aparecen formando rueda. Con la accion acompañarán el canto.

MUSICA.

Quien siembra coge:
vamos sembrando,
que Dios bendice
siempre el trabajo.
La simiente
derramemos,
que un granito
ciento dá,
paso á paso,
surco á surco,
no perdamos
el compás.

Como la oruga
busca las flores,
buscan el trigo
los gorriones.
Si labramos
bien la tierra
la semilla
brotará.
Fuera...! fuera
gorriones...!
á espantarlos...
eh!... já... já...

Secas las mieses
brindan su fruto,
nuestro alimento
ya está seguro.
Afanosos
segaremos,
pan sabroso
dá el sudor.
(*Las niñas enlazan con pañuelos el cuello de los niños.*)
Las gavillas
enlacemos...
á las eras...
al monton.....
(*Hablado.*)

LEONOR. Cese el juego.
ALEJANDRO. Sí, las prendas
ahora mismo sentenciemos.
FEDERICO. A descansar. (*Se sienta en el suelo, y todos hacen lo mismo*).
LEONOR. Buena silla.
FRANCISCO. No se romperá por cierto.
PACA. Es una cama de flores,
que Dios nos dá sin dinero.
ANGELITA. Dios nunca compra, ni vende,
FRANCISCO. Lo que encierra el universo
nos ofrece su bondad
como padre sabio y tierno.
DOLORES. En la mano está una prenda.
Sentencia Leònor.
LEONOR. Sentencio...
que represente. (*Dolores saca una medalla*).
ALEJANDRO. La mia!...
Pues escuchad, que comienzo. (*Se levanta y se coloca al frente*).
(*Representa*).
Ya te oculto, padre mio...

llegó la hora fatal...
te persigue un bando impío
porque eres noble y leal.
No han de aproximarse á tí...
soy tu hijo... soy valiente...
solo pasará esa gente
sobre mi cadáver, sí.
Ya mis deberes colijo,
que me maten sin clemencia:
Dios bendecirá á tu hijo
si conserva tu existencia.

FRANCISCO. Bien!

TODOS. Bien!! (*Dan palmadas.*)

FEDERICO. En representar
siempre te has llevado el premio.

ANGELITA. Como se enoja y regaña,
no me gusta, me da miedo.

FRANCISCO. Hará un militar bizarro.

MIGUEL. Mejor hará de ranchero.

ALEJANDRO. No piensas más que en comer.

MIGUEL. Todo el mundo hace lo mesmo.

ISABEL. Venga otra prenda.

DOLORES. Allá va!
Pues sale un alfiletero. (*Mostrándolo.*)
Tuyo, Angelita.

ANGELITA. Diré
la letrilla del tio Pedro. (*De pié y representando*).
Con las muchachas
que son bonitas,
todos los niños
quieren jugar,
y les dan flores
y regalitos...
¿por qué, tio Pedro,
por qué será...?

LEONOR. Otra... Otra..!

TODOS. Si... si... si...
DOLORES. Angelita, te lo ruego.
ANGELITA. (*Representando*) A Nicolasa
que es bizca y tonta,
pero que tiene
mucho caudal,
todos le dicen
discreta y linda...
¿por qué, tio Pedro,
por qué será?
LEONOR. Muy bonita...!
DOLORES. Muy graciosa!...
ANGELITA. Ahora tú, Miguel.
MIGUEL. No quiero.
DOLORES. Sigue, Paquita y la prenda
al instante te devuelvo.
PACA. Unos versos yo sabia...
no los digo... que... son feos
como Isabel.
ISABEL. Ya quisieras
parecerme en el cabello.
Yo soy blanca, tú morena,
yo soy limpia, tú....
LEONOR. Silencio!
ALEJANDRO. (*A Miguel*) Con las niñas ten agrado.
MIGUEL. Más que tú mil veces, tengo.
ANGELITA. Los niños que se pelean,
tienen malos sentimientos.
PACA. (*A Miguel*) Si estuvieses en la escuela
y no jugando en el pueblo
á los soldados...
LEONOR. Verdad;
y solo resulta de eso
que en vez de ser cariñosos,
son huraños, pendencieros...
Al niño que viera yo

con algun sable, del cuello
se lo colgaba, y le hacia
cavar todo un año entero.
Los niños solo han de usar
libros... libros...

DOLORES. Yo no acierto
cómo permiten los padres,
que con esos instrumentos
anden... para que se embistan
como fieras del desierto,
y ademas, como hermanitos,
Dios manda que nos amemos.

ANGELITA. ¿Y cuando de toros hacen,
y van armados de cuernos,
y se acometen?... ¡Jesús!

PACA. Si eligieran otros juegos...
Un abrazo, Isabelita.

ISABEL. Te lo doy con gran contento. (*Se abrazan*).

ALEJANDRO. Venga la mano! (*A Miguel que se la estrecha.*)

LEONOR. A por flores!

FEDERICO. Todos amigos!

FRANCISCO. Juguemos. (*Vánse todos.*)

ESCENA II.

AMELIA, á poco MATILDE.

¡Cuánto mi Matilde tarda!
Mi inquietud es natural,
que el cariño maternal
siempre con temor aguarda!
(*Aparece Matilde con una rosa que tendrá un capullo.*)

MATILDE. De la bella rosa al lado
un boton tierno aparece,
y en su dulce seno crece
con el cáliz replegado.
Esta rosa y su boton
asemejan nuestra vida...

por eso, madre querida,
te los dá mi corazon. (*Lo hace*).

AMELIA. ¡Con cuanto placer te oí!
Tu cuidado y tu fineza,
más aumentan la terneza
con que me consagro á tí.

MATILDE. Mamá, á un anciano encontré,
abatido, con calambre....
el pobre tenia hambre,
y el dinero le dejé.

AMELIA. Ampara á los desvalidos,
que Dios te protejerá,
y en su libro de escogidos
tu nombre un ángel pondrá.
Las lágrimas del que pena,
á quien des amparo y calma,
serán rocío á tu alma
alegre en la dicha agena.
Matilde, ten caridad...
acude en la desventura:
quien el bien de otro procura
hace su felicidad.

MATILDE. Siempre recordaré, sí,
tus lecciones tan benditas.

AMELIA. Oigamos... dos pobrecitas (*Señalando.*)
se dirigen hácia aquí.
(*Se ocultan tras de unos rosales pero á la vista del público.*)

ESCENA III.

MARIA y CECILIA que viene un poco detrás muy despacio.

MARIA. Anda, niña.

CECILIA. Si no puedo...
dame pan, verás si corro...
Rebusca en la faltriquera...
quiero un pedazo de rosco...

dos pedazos.

MARIA. Hermanita!

CECILIA. Desde anoche que no como:
tu eres mayor: busca pan,
ó frutas... mira que lloro.

MARIA. ¡Tan pequeñita y con hambre!
Señor! tu piedad invoco!

CECILIA. ¿Con quién hablas? No lo veo...
Qué dices?

MARIA. Digo que pronto
alimento he de encontrar.
Veré al ermitaño Alfonso,
por si tiene alguna ropa
que yo lave en el arroyo,
y nos dé un plato de sopa...

CECILIA. Que sea grande... muy hondo...
y otro para tí ¿es verdad?

MARIA. Y para la tia?

CECILIA. Otro.
Mira, anoche no cenó
porque teniamos poco,
pero al salir de la casa,
de las dos partes de bollo
que me dió, le dejé una
junto á la boca del horno
donde pone la calceta...
y la encontrará.

MARIA. ¡Qué hermoso
es tu corazon, Cecilia!
Por lo que más me acongojo,
es porque si hoy al casero
no da la renta de Agosto,
nos arroja de la casa,
con todos los muebles rotos
que tenemos... Ah! Dios mio!

CECILIA. Con el casero me enojo...

¿se llevará mi altarito?

MARIA. Lo pondrá en la calle todo.
¿Y dónde buscar dinero?
Ay! qué desgraciadas somos!

MATILDE. Voy á ofrecerles limosna...
infelices! dame el bolso!

AMELIA. Antes observa, hija mia,
y en su miseria y sollozos,
verás lo que á Dios le debes
en tu existir venturoso,
que nunca se aprecia el bien
sino en los males de otros.
Ya les daremos auxilio.

MATILDE. Tendré en ello tanto gozo!

CECILIA. No te aflijas, hermanita.
Buscaré dinero.

MARIA. ¿Cómo?

CECILIA. Oye: la Vírgen es rica,
que tiene un cielo de oro,
y á las huérfanitas quiere,
y yo con flores la adorno.
Siéntate... verás, veras;
siéntate... yo lo compongo.
Ahora escríbele una carta:
ahí en su altar la coloco;
volvemos dentro de un rato
y la moneda recojo,
que un ángel habrá traido
volando desde su trono.

MARÍA. ¡Qué inocencia! ¿Mas quién sabe
si un corazon generoso
por este medio encontramos,
que nos diera algun socorro?
Sí, sí, la Vírgen te inspira.

CECILIA. Si tiene muchos tesoros!
Saca el lápiz.

MARÍA. Ya está aquí:
cuanto me digas anoto.
(*Se sientan; María con lápiz y papel, y Cecilia cariñosamente apoyada la cabeza en el hombro de su hermana.*)

CECILIA. (*Notando y María escribiendo.*)
«Señora Vírgen: Mándame un monton de duros, para que el casero no nos eche á la calle, porque tú no quieres que los pobres duerman en la calle, y compraré á mi tia un vestido para los Domingos, y á mi hermanita otro vestido, porque es ya grande, para cuando sea una novia...!

MARÍA. Eso no se dice... vaya!
A la Vírgen con decoro
debemos hablarle siempre.

CECILIA. La Vírgen no se da tono
como la doña Alcaldesa
ni don Juan el mayordomo,
que huyen de los pobrecitos.
Escribe:

MARÍA. Bien: me conformo.

CECILIA. (*Notando.*)
Señora Vírgen: Yo me compraré unos zapatos y daré limosna á la Juanilla que no tiene madre. Quédese usted con Dios: me llamo Cecilia: vivimos en la calle del Romero, junto á la tia Melchora.

MARÍA. Inocente! ¿no discurres
que la Vírgen está en todo
y sabe cómo pensamos,
dónde vivimos, y cómo?

CECILIA. Asi no lo olvidará.
Dame la carta, la doblo. (*Lo hace.*)
Yo la pondré en el altar
y volveremos bien pronto.
(*La coloca en el altar, y se alejan.*)

AMELIA. Lloras, Matilde! tu llanto

es de mi alma el tesoro.

MATILDE. Qué buenas son esas niñas!
las envidio y me sonrojo.

AMELIA. Dios conserve en tu existencia
ese pensar virtuoso;
los que sienten la virtud
aman la virtud tan solo. *(Saliendo.)*

ESCENA IV.

AMELIA y MATILDE.

MATILDE. Y se van sin socorrer...

AMELIA. Ten en mí más confianza.
¿No es la Vírgen su esperanza?
Mira lo que voy á hacer.
(Saca una cartera, de ella un papel y escribe.)

MATILDE. Carta?

AMELIA. De la Vírgen... claro.

MATILDE. Ah! ya conozco tu intento,
con qué bondad y talento
les proporcionas tu amparo!
Oh! te quiero un beso dar! *(Lo hace.)*

AMELIA. Con que lo adivinas?

MATILDE. Sí!

(Amelia saca una bolsa y envuelve dinero en la carta.)

AMELIA. El dinero dentro... así...
lo coloco en el altar... *(Lo hace.)*

MATILDE. ¿Y no sabrán que tú eres
quien les dá este auxilio?

AMELIA. Anda...
Es la Vírgen quien lo manda,
así cumplo mis deberes.

MATILDE. ¿Y volverán?

AMELIA. Lo preveo:
en ello no habrá demora...
vamos á la quinta ahora;
cúmplase nuestro deseo.

MATILDE. Con tu fina compasion
estoy loca de alegria...
AMELIA. El hacer bien, hija mia
es el bien del corazon. (*Vánse.*)

ESCENA V.

MIGUEL, que sale mirando con cuidado.

Voy á recoger la cera
antes que venga el santero,
juntaré para un sombrero,
un tambor y una cartera.
Él recibe las propinas,
y un tanto por el cepillo:
para el pobre monaguillo
solo tiene disciplinas.
(*Se acerca al altar y coge el papel.*)
¡Un papel! y está arrollado!
¡San Pascual! dinero tiene!...
nadie escucha... nadie viene!
Oh! la suerte me lo ha dado!
(*Descubre el dinero y lo cuenta.*)
Oro... plata... yo estoy loco...
uno, dos... tres... veinte y cinco...
¡ya son mios! salto y brinco...
canto... juego... bailo... toco...

MUSICA.

Fuera sotana,
fuera roquete,
fuera bonete...
lo he de tirar.
No mas campanas,
no mas memento...
bulla, contento,

voy á bailar (*lo hace*).
Antes que asomes
viejo santero...
guardo el dinero
bajo un peñon.
Sin monaguillo
quedas al punto;
toca á difunto...
tilin, tilon.
Mece que mece
el incensario,
limpia el armario,
lleva el pendon.
Canta á los muertos,
viejo milano,
no me echas mano...
tilin, tilon.

ESCENA VI.

DICHO, FEDERICO, ALEJANDRO, FRANCISCO, y varios niños que se ocultan de Miguel tras de unos árboles.

FEDERICO. Lleva dinero!
FRANCISCO. Marcha hácia allí.
ALEJANDRO. Quietos!
FRANCISCO. Sí, sí!
ALEJANDRO. Calla!
FEDERICO. Chiton!

(*Esto y la última estrofa de Miguel, lo repiten á duo.*)

HABLADO.

(*Miguel se dirige á una peña junto á un árbol, á la vista del público, y esconde el dinero.*)

FEDERICO. Ya lo ha enterrado: ¡y se sienta!
ALEJANDRO. ¿Y cómo lo alejaremos?

FRANCISCO. Lo llamo con la campana
como lo llama el santero. (*Va á la ermita.*)

FEDERICO. Bien ideado! entre tanto
el nido le mudaremos.

MIGUEL. Ya oigo... voy al instante (*Oyendo la campana.*)
que no sospeche... bien presto
volveré... saco los duros
y no me vé mas el pelo. (*Va á la ermita por la puerta lateral.*)

(*Alejandro corre á la peña y saca el dinero: Francisco regresa de la ermita.*)

FRANCISCO. Cómo cayó en el garlito!
se fué á la ermita corriendo...
al volver... ya no hay monedas.

FEDERICO. Yo me he quedado en acecho.
Rapa-velas, rapa-velas,
toca la campana á muerto,
pues nos vamos, gori! gori!
cantando con tu dinero!

(*Llega Alejandro con el dinero sin el papel, que dejó al lado de la peña.*)

ALEJANDRO. Cuanto duro, Federico!

FEDERICO. Jesús! me he quedado ciego!

FRANCISCO. Lo que ganaba en la ermita
el monaguillo!... ¡San Pedro!

ALEJANDRO. Vamos á tener convite!

FRANCISCO. Hemos de comprar buñuelos.

ALEJANDRO. Convidaremos á todos.

FEDERICO. Y al monaguillo el primero!

ALEJANDRO. Já! já! já!

FRANCISCO. Siga la broma:

FEDERICO. Haya jolgorio completo. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

MARIA Y CECILIA.

CECILIA. Vamos, vamos, Mariquita!
El ángel ya habrá llegado...
que vuela más que un palomo!
Habrá traido en la mano
un bolso lleno de duros!

MARÍA. Dios mio! á nadie encontramos
á quien pedirle un auxilio.

CECILIA. Mira el pañuelo que traigo
y el mandil... los llenaré
de moneda... ¿No son blancos
los duros, María?

MARÍA. Sí.

CECILIA. Pues tú veras los que saco:
entro en la ermita yo sola. (*Entrase en la ermita.*)

MARÍA. La Vírgen haga un milagro!
¿Dónde encontraré al santero?

CECILIA. (*Volviendo triste*) Mariquita... nada hallo.
¿Si no sabrá el angelito
que lo estamos esperando?
¿Si no atinará á la ermita?

MARÍA. Tal vez por nuestros pecados
está ofendida la Vírgen,
y nos priva de su amparo.

CECILIA. Tú eres buena, Mariquita,
y yo lo que mandas hago.
¿Has echado algun embuste?
Yo solo dige al tio Pablo,
porque me pegó una tarde,
que parecia un abanto,
que tenia un ojo seco
y la nariz como un palo...

no he de volver á decirlo,
porque es mentira, y es malo.
Toma, cose este piquete
que un espino me ha causado.
(*Le dá el mandil, que coge María: saca aguja é hilo, y lo cose: interin Cecilia canta en la puerta de la ermita.*)

MARÍA. Es el caudal de las pobres
saber remendar los trapos.

CECILIA. Y de las ricas tambien.
Mientras llega de lo alto
el angelito, á la Vírgen
yo de rodillas le canto.

Música.

CECILIA.

Virgencita mia,
venga el ángel ya,
mira que el casero
nos va á despachar.
Tú, tan rica y buena,
Madre celestial,
de estas pobres niñas
tendrás caridad.
Tú, que en mi altarito
tan alegre estás,
porque muchos besos
te doy sin cesar,
Y te pongo flores
y hojas de nogal,
de estas pobres niñas
tendrás caridad.

(*Al concluir, se sienta al lado de María y mientras esta cose, ella le compone el pelo: en tanto se verá el monaguillo, que salió por una puerta lateral de la*

ermita, buscando en el escondite el dinero que habia dejado.)

ESCENA VIII.

DICHAS y MIGUEL.

MIGUEL. Ah!! qué!! el agujero!! nada. (*Buscando aturdido.*)
Ladrones! sí... son ladrones!!
Me he de arrancar el cabello...
Voy á subir á la torre
á tocar... á que los cojan:
á que el pueblo se alborote.
(*Repara en el papel donde estaba envuelto el dinero.*)
Este papel... (*Lo lee.*)
¡De la Vírgen!
¡eran suyos los doblones!
¡Yo los robé del altar!
¡Estoy condenado! En dónde
me escondo? (*Despues de una pausa.*)
Voy á la ermita
que la Vírgen me perdone!
(*Corre atolondrado, se hinca de rodillas en la puerta de la ermita con los brazos abiertos.*)
Que no me lleven los diablos...
Míserere!... Pater noster!...
(*Se aproximan á él las niñas y sigue hablando sin mirarlas.*)

MARÍA. Qué tienes? que...

MIGUEL. Tengo miedo!
Perdon! perdon!

MARÍA. No conoces
que delante de la Vírgen,
ningunos peligros corres.

CECILIA. ¿Has visto algun lobo? Dí?
MIGUEL. Ya no quitaré de noche
de la lámpara el aceite,
ni me llevaré las flores,
ni los cabos guardaré
de las velas y blandones;
ya no comeré mas hostias
aunque el hambre me acongoje,
ni apuraré ningun dia
las vinageras, ni..
CECILIA. Oye!...
Con que á tí te gusta el vino?
por eso te dan temblores.

ESCENA IX.

DICHOS, FEDERICO, ALEJANDRO, FRANCISCO, LEONOR, DOLORES, ANGELITA, PACA, ISABEL y coro de niños y niñas.

FEDERICO. (*Tocando al hombro á Miguel.*)
Miguelillo!
ALEJANDRO. (*Tocando tambien al hombro.*)
Miguelillo!
LEONOR. No atiende...
DOLORES. Qué turbacion!...
PACA. No ves que está en oracion!
FRANCISCO. Con dos niñas.
ISABEL. Pobrecillo!
FEDERICO. No le hemos dado mal susto!
ALEJANDRO. Hay arroz y gallo... ven...
ANGELITA. Y estas dos niñas tambien.
ISABEL. No estés con pena.
FRANCISCO. Haya gusto...!
MARIA. Vámonos, hermana mia?

CECILIA. Al ángel esperar quiero.
ALEJANDRO. (*Aparte á Federico.*)
Le damos ya su dinero?
FEDERICO. Deja, deja... todavia.
Bueno es que pague el convite!
FRANCISCO. Levanta! Levanta pronto.
MIGUEL. Déjame!
PACA. Se ha vuelto tonto!
LEONOR. Guardémonos que se irrite.
ALEJANDRO. Vienes, ó te llevaremos?
MIGUEL. (*Con mucho misterio.*)
Oid, lo que me ha pasado.
FEDERICO. (*Aparte.*) Ya lo sé... te hemos burlado.
PACA. Cuéntalo... cuenta.
ISABEL. Escuchemos!
(*Todos cercan á Miguel y oyen.*)
MIGUEL. Hace poco aquí llegué:
nadie se hallaba en la ermita,
solo la Vírgen bendita
de quien yo siempre cuidé.
La lámpara hice alumbrar,
y dos velas le encendí,
y en aquel instante ví
un papel sobre el altar.
Lo desarrollo, el papel...
tenia mucho dinero...
lo escondo en un agujero,
vuelvo, y me encuentro sin él.
Rabio, corro, juro, grito;
leo el papel... ¡asombraos!
era... era... persignaos...
(*Todos se persignan.*)
de la Vírgen el escrito.
TODOS. ¡De la Vírgen! (*Inclinan la cabeza: pausa.*)
MIGUEL. Sí... aquí está. (*Lo muestra.*)
CECILIA. Con el ángel lo envió...

FEDERICO. Tengo miedo!
ALEJANDRO. Y yo.
FRANCISCO. Y yo.
MARÍA. ¿Si algun milagro será?
ALEJANDRO. Vírgen del alma, perdon!
(*Sacando el bolso del dinero.*)
Aquí el dinero guardamos,
si del hoyo lo sacamos
no fué con mala intencion.
Vírgen mia, te lo doy...
en tu clemencia confio.
(*Va hácia el altar y Cecilia se abalanza á él y lo sujeta.*)
CECILIA. Dame ese dinero... es mio:
para mí lo envia hoy...
DOLORES. Vagabunda!
LEONOR. Ten la lengua!...
CECILIA. Es cierto lo que yo digo.
PACA. Vas á sufrir un castigo.
ISABEL. Decir eso es una mengua.
CECILIA. Lee la carta...
FEDERICO. No creo...
MARÍA. Bendita la Vírgen sea.
FEDERICO. Déjame que yo la lea.
FRANCISCO. Yo mejor que tú la leo.
(*Miguel da la carta que lee Francisco.*)
«A la que me ha escrito una carta, doy este dinero. Los que me ruegan con fé y puro corazon, siempre hallarán consuelo en—*La Vírgen.*
CECILIA. La Vírgen, que es rica, tanto!
al saber nuestros apuros,
cogió un puñado de duros
para enjugar nuestro llanto.
ISABEL. Aparta, aparta, haraposa!
LEONOR. Qué niña tan insolente!
MARIA. Mi hermana es una inocente,

y aunque pobre, virtuosa.

CECILIA. Ven, á la Vírgen pregunta,
y de su boca lo oirás.

ALEJANDRO. ¡Muchacha!... qué...! loca estás...!

DOLORES. Con buenas mañas despunta!

CECILIA. (*Dirigiéndose al altar.*)
Quiero entrar... son para mí:
y traigo una faltriquera.

LEONOR. (*Deteniendo á Cecilia.*)
Vas al infierno! embustera!...

ESCENA X.

DICHOS, AMELIA y MATILDE.

AMELIA. No miente: es la verdad; sí!
(*Sorpresa de todos.*)

LEONOR. Una señora!

DOLORES. ¡Que honor!...

FEDERICO. Oigamos lo que nos dice.

(*Coge doña Amelia el dinero de manos de Alejandro y lo entrega á Cecilia.*)

AMELIA. Alcanza, niña infelice
el premio de tu candor.

CECILIA. (*Arrodillándose con María á los pies de doña Amelia que las levanta.*)
Dios os dé mucha salud.

MARÍA. Vuestras esclavas seremos,
y por siempre os mostraremos
nuestro amor y gratitud.

ALEJANDRO. Estoy absorto... aturdido!

FEDERICO. No discurro lo que es esto!

MIGUEL. La Vírgen lo habrá dispuesto!

MARÍA. Sí, la Vírgen lo ha querido.
AMELIA. Hijos mios, escuchad:
hoy que gozais la inocencia,
en vuestra limpia conciencia,
estos consejos, grabad.
Madre de los desgraciados
es la Vírgen santa y pura,
y por ella en la amargura
son al punto consolados.
Es preciso para amarla
y alcanzar su proteccion,
tener limpio el corazon
y con las obras honrarla.
Por eso á estas pobres niñas
que una carta le escribieron,
cuando á esta ermita vinier on
llorando por las campiñas,
las socorre por mi mano:
no olvideis nunca este dia,
que jamás implora en vano
quien en la Vírgen confia.
MARÍA. De placer el alma llena,
yo os bendigo por humana.
CECILIA. Será tia, ó será hermana
de la Vírgen, porque es buena.
FEDERICO. Las gracias todos le demos.
ALEJANDRO. Viva la Vírgen!
TODOS. ¡Que viva!
DOLORES. Nuestro corazon reciba!
LEONOR. A cantarle!
MIGUEL. Sí, cantemos!
AMELIA. Pedidle gracia y ternura,
con vuestro canto inocente,
que es la cristalina fuente
de clemencia y de ventura!

3 0112 115866359

Música.

(*Todos de rodillas.*)

Recibe, piadosa
la tierna oracion,
que á tí consagramos
¡ oh Madre de amor!
Con lirios y rosas
ornemos tu altar,
con flores del alma
tu nombre inmortal.

FIN.